

LIBROS

CARACTERES DE LOS EDIFICIOS, por ARMANDO MELLIS, arquitecto doctorado.—Dalmau y Jover, S. A.—Barcelona, 1949.

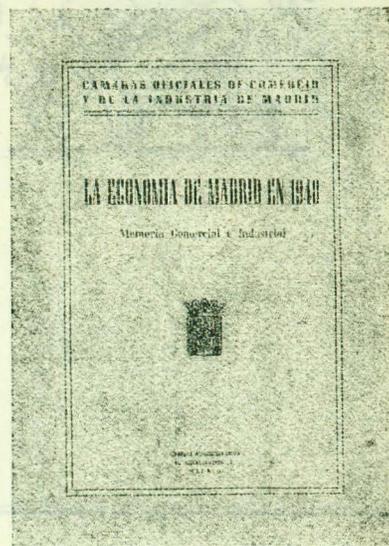
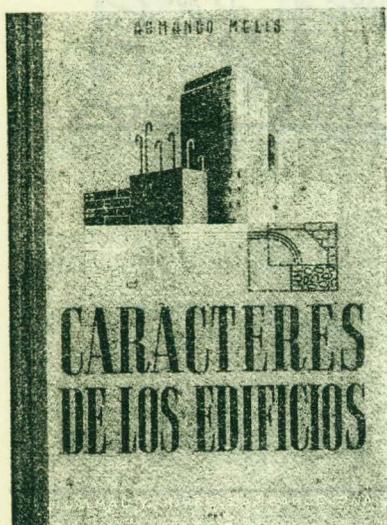
El libro, traducción de la tercera edición italiana (1946), es un manual, puesto al día, de composición de edificios, pues trata de su distribución, proporciones y organización. Consta de once capítulos, dedicados, sucesivamente, a: Edificios destinados a Vivienda, Hospedaje, Educación e Instrucción, Educación física, Cohabitación disciplinada, Asistencia Sanitaria, Culto, Comunicaciones y Transportes, Abastecimientos, Espectáculos y Oficinas.

La parte expositiva es clara, correcta y sencilla, aparte algún desliz del traductor. En cambio, las ilustraciones, en su mayoría compuestas de esquemas, son escasas y deficientes, lo que hace que el libro pierda de su utilidad.

LA ECONOMIA DE MADRID EN 1948.

Con este título han publicado recientemente las Cámaras Oficiales de Comercio y de la Industria de Madrid su Memoria de este año.

Se trata de un grueso volumen de más de 600 páginas, en el que se recogen todos los aspectos de la economía de la provincia de Madrid en sus variadas características, que afectan al factor físico (territorio, clima, geoeconomía), al factor humano (demografía), al utillaje económico (vías de comunicación, canales y riegos, energía eléctrica, enseñanza mercantil y profesional, etc.), dedicándose amplios capítulos a la agricultura (Ganadería, Minería, Estadística forestal, Transportes, Gastos generales que afectan a la industria y comercio, Consumos, Banca y Bolsa, Censo de empresarios, Haciendas locales, Propiedad industrial, Trabajo y Previsión social).



LUZ PROPIA

No recuerdo exactamente cuándo tuve ocasión de visitar Horrendópolis, la ciudad de los negocios. La gente desconfiada sospechará que no existe tal ciudad, y no me voy a molestar por ello. Por lo menos habrán de convenir en que existe el peligro de que algunas ciudades que conocemos lleguen a parecérsele.

Horrendópolis es una ciudad con edificios de cien a mil pisos provistos de todos los adelantos de la técnica ultramoderna, tal y como se anuncian en las revistas americanas. En estos edificios viven y trabajan cien millones de gusanos llamados hombres, que pululan también por unas simas llamadas calles.

La vida de esta gente se compone de ocho horas de trabajo, ocho de sueño o pesadilla, cuatro de estar en autobuses, Metro y elevadores y dos para permanecer en su cueva y alimentarse, en automáticos, oyendo sin cesar anuncios por radio. Cuando tienen algún momento libre, lo aprovechan para suicidarse.

Ultimamente causó inquietud en dicha ciudad la noticia de que existen el día y la noche, el sol y el campo, el mar y la montaña, las plantas y los animales, así como gentes atrasadas que viven en pequeñas casas sin el menor adelanto ni confort y que tienen tiempo para descansar y hacer lo que les viene en gana.

Una prueba de los ilimitados recursos de la técnica cuando se aplica a aumentar la eficiencia es cómo en Horrendópolis la función de pensar se ha hecho, para el individuo, absolutamente innecesaria. Publicaciones al estilo del *Reader's Digest* se encargan de dar al ciudadano un pensamiento ya hecho y de primera calidad, suprimiendo así un proceso en el que se pierde mucho el tiempo, y cuyo resultado es, por regla general, mediocre.

En un rincón del Museo se exhiben, como curiosidades, unos seres extraños que hacen versos, componen música y piensan por cuenta propia, todo lo cual resulta antieconómico.

Una encuesta a fondo que realizara el infalible Instituto Gallup habría de poner de manifiesto que, además de antieconómica, la actividad de tales ciudadanos es nociva a la sociedad, por las energías que malgastan en escribir libros que pueden ser resumidos en breves relatos «para ser leídos en cinco minutos» durante el trayecto del camión.

Tales gentes no se recatan en decir que Horrendópolis puede hundirse por falta de alma, y que la función de pensar es la más específicamente humana, sin la cual el hombre ya no es tal, y no puede, por tanto, formar sociedad ni crear cultura.

Los técnicos opinan que el alma no es material apropiado para construir nada, pues no se conoce su resistencia a la tracción, compresión y esfuerzo cortante, y que no se concibe, por tanto, que nada puede hundirse por falta de dicho material. Esto es hablar con sensatez y ponerse en la realidad.

Reconozco que soy uno de estos seres absurdos, a quienes gusta pasear, a pesar de que haya automóviles, y ver, oír y pensar, aun cuando haya cine, radio, revistas y periódicos.

Creo que no debemos permitir que la técnica nos esclavice, sino esclavizar nosotros a la técnica, para hacerla cumplir nuestros deseos más elevados.

Tan importante como la luz del sol y la fluorescente es la luz de la inteligencia, cuyo producto es el pensamiento original y creador. Tan importante como éste son el sentimiento y la emoción, manantiales inagotables del Arte.

Es infantil creer que el tiempo y la técnica, por sí solos, traen el progreso. También traen la decadencia. Podríamos llamar asimismo progreso a la actividad frenética de los gusanos devorando un cadáver. El cadáver de una cultura puede ser devorado y desmenuzado engordando a miles de gusanos, dando la sensación de un gran esplendor cultural.

La tendencia a hacer el trabajo automático, la producción en serie y el pensamiento también «standard» es algo que me asusta.

El que una cosa haya sido hecha hoy, no es razón suficiente para que sea buena, ni mejor que la que se hizo ayer.

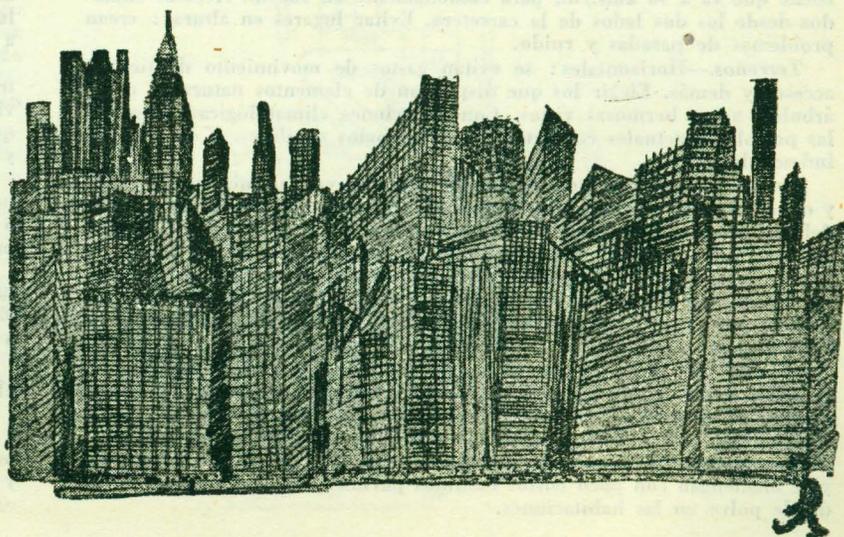
El Palacio de las Bellas Artes—que pudiera servir de panteón a todas ellas—, esa pesadilla de mármol, apoteosis del mal gusto, también fué moderna en su época.

Fué proyectado, si no me equivoco, por un compatriota de Bramante y Miguel Angel, y no faltaría entonces quien la viese la última palabra del progreso, como un destello de la espléndida luz de la vieja cultura europea, que irradiaba de París al mundo.

Quizá el que entonces se hubiera atrevido a censurar este monstruo, a señalar su inferioridad patente a otras obras de siglos atrás, hubiera sido tachado de reaccionario y oscurantista.

Yo, que soy escéptico, me temo que otros destellos de ese faro deslumbrador que se ha encendido al norte del Río Bravo merezcan, a la vuelta de veinte años, el mismo concepto que hoy nos merece Bellas Artes.

Mi opinión es: encendamos luz propia, aunque sea un modesto candil, y no seamos reflejo de ningún faro, por potente que sea. Seamos voz débil, pero no eco poderoso. Prefiramos equivocarnos con nuestra opinión a acertar con la ajena. Sólo cuando la ajena nos convence, pasa a ser propia.



Cortesía «La PROPIEDAD», Méjico.
Texto y dibujos de Juan Rivaud, Arquitecto.